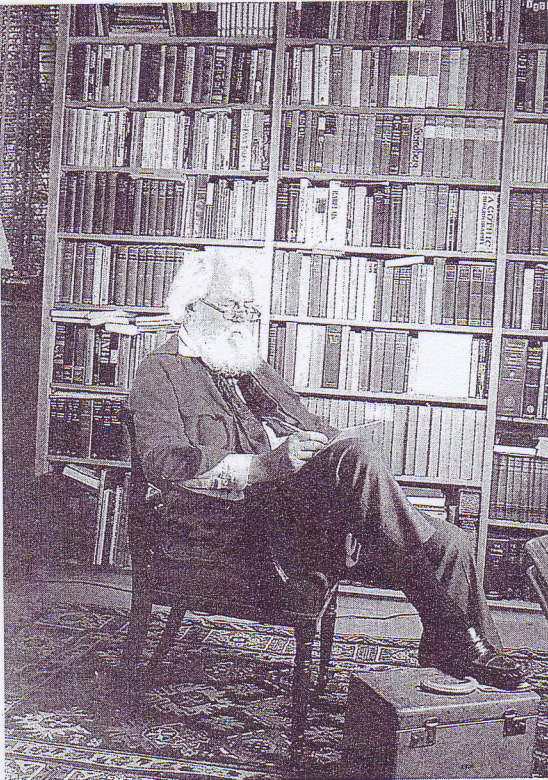


El del canadiense Robertson Davies (1913-1995) es uno de esos casos en los que, lombrosianamente, la fina estampa del autor preanuncia la personalidad de su obra. Ver cualquiera de sus fotos: inequívocamente decimonónico pero bien plantado en el XX, barba y figura de Santa Claus dickensiano, la mirada traviesa y avasalladora del omnisciente Domingo de *El hombre que fue Jueves*, monumental como el más próspero de los Prósperos. Y, sí, como en toda ficción de Davies, la trama de *A merced de la tormenta* (de 1951, su debut en la novela) se apoya en la escenificación de algo que aquí es *La tempestad* de Shakespeare.

Todo en boca de una compañía teatral amateur cuya entrega a los parlamentos del Bardo revolucionarán a la hasta entonces apacible e imaginaria Salterton. Y es bien sabido que la radiación de Shakespeare en mentes pastorales y distraídas pueden ser peligrosa en el mejor sentido de la palabra. Y así, enseguida, (Davies, junto a Iris Murdoch, probablemente sea quien más y mejor supo destilar el elixir de Shakespeare en el género novela) los amores y conjuras de la obra encontrarán su reflejo en las idas y vueltas de aquellos que los interpretan o los miran desde las butacas.

«Troupe» de ilusos

Un reparto que incluye a jardineros, jóvenes ilusionados, aristócratas decadentes, hijas casaderas y un tesorero y profesor de matemáticas con vocación de villano de folletín. Todo esto, y mucho más, cortesía de un tesoro nacional y genio universal. Hombre renacentista, académico admirado al frente del prestigioso *Massey College*, columnista de renombre bajo el alias de Samuel Marchbanks, legendario orador, despreciador de la velocidad de la escritura en ordenador, eterno candidato a un Nobel que no llegó, maestro



A MERCED DE LA TEMPESTAD

ROBERTSON DAVIES
Trad. de Concha Cardenoso
Libros del Asteroide
Barcelona, 2011
339 páginas, 29,95 euros
★★★★★

PRIMER ACTO

de John Irving, quien homenajeó su mundo en *Oración por Owen*, actor desde los cuatro años y dramaturgo y director (sus escritos sobre el teatro y la ópera se recopilaron a manera póstuma en *Happy Alchemy: On the Pleasures of Music and Theatre*, 1997), Davies conocía a la perfección los secretos y las gracias y desgracias a la hora de plantear una trama sobre las tramas y aceitar sus muchas trampillas y trampas.

Su tesis universitaria versó sobre los niños actores en Shakespeare y así, la, en apariencia, muy clásica *A merced de la tempestad* funciona también -sin esfuerzo exhibicionista ni soberbio engolamiento- como un artefacto

sutilmente metaficcional y muy juguetón donde los ecos de un texto inmortal abducen, más allá del tiempo y del espacio, a una *troupe* de ilusos enseguida enaltecidos por la ilusión de mirarse y reflejarse en los rostros de Ariel, Miranda, Calibán y compañía.

Y la sensación para el lector de ser uno más de los personajes, y avanzar como empujado por el más poderoso y noble de los vientos. Davies es uno de esos narradores -de ahí que lo suyo suene tan vital y despierto- que producen la sensación de estar a nuestro lado, yendo apenas dos o tres líneas por delante, soltando risitas de placer anticipando lo que nos espera pero, también, lo



Shakespeare y su obra «La tempestad» (arriba) son el trasfondo de esta novela de Robertson Davies (en la parte superior)

que le espera a él. Así confesó su método en una entrevista a *The Paris Review*: «Sé dónde comienza la historia pero no sé cómo terminará. Tengo más o menos claro dos tercios de la cuestión y, en algún momento, emerge el final. Oigo la historia, me cuentan la historia, registro la historia.

No me creo eso de que haya una dama envuelta en telas diáfanas susurrando en mis oídos. Parte de mi proceso creativo pasa por experimentar cierta incertidumbre. Y más de una vez me han criticado mi propensión a la coincidencia y a los acontecimientos raros en mis argumentos. Pero lo cierto es que parecezco haber llevado una existencia más extraña y llena de casualidades que la de todos los críticos literarios».

El Teatro de la Vida

Y otra de las extrañas virtudes de lo que hace Davies: al leerlo descubrimos y se nos hace evidente el ser o el no ser de raros hechos y de conexiones impensadas en nuestras propias vidas. Efecto residual que deja todo auténtico clásico, supongo en eso que Davies definió como «el Gran Teatro de la Vida: la entrada es gratis pero la contribución es mortal. Entren cuando puedan y salgan cuando deban y la función nunca termina».

De acuerdo: *A merced de la tormenta* -escrita, dijo, bajo el influjo de P. G. Wodehouse, que comenzó «como farsa ligera y devino en comedia humana», y que se continuará con *Leaven of Malice* y a *Mixture of Frailties*, otra vez con Salterton como protagonista telón de fondo- no tiene la redondez psicológica y oscura de la magistral *Trilogía de Deptford*, la ambición operística y mística y casi descarrilada de la *Trilogía de Cornish*, ni la crepuscular y sobrenatural sabiduría de la inconclusa *Trilogía de Toronto*. Es un estreno y un primer acto.

Pero quien sale aquí a escena por primera vez no es otro que Robertson Davies. Y sus primeras y acaso un tanto nerviosas palabras tienen más peso y categoría que, ahí fuera, casi todo lo que proclama y sobreactúa un cada vez más nutrido y menos nutritivo elenco de curtidos y mediocres histriones siempre más preocupados por el aplauso que por el público.

RODRIGO FRESÁN



MARTIN AMIS

La viuda embarazada

«Una terriblemente divertida Gran Novela Inglesa de Martin Amis» (Rodrigo Fresán, ABC)



ANAGRAMA